

Guía de la Valencia del primer franquismo (1939 - 1948)

Lucila Aragó Carrión / José M.<sup>a</sup> Azkárraga Testor / Juan Salazar Bonet  
(coords.)

# Guía de la Valencia del primer franquismo

(1939 - 1948)



PUV

PUV  
UNIVERSITAT  
DE VALÈNCIA



Editorial  
Universitat Politècnica  
de València





Lucila Aragó Carrión / José M.<sup>a</sup> Azkárraga Testor / Juan Salazar Bonet  
(coords.)

# Guía de la Valencia del primer franquismo

(1939 - 1948)

M.<sup>a</sup> del Carmen Agulló Díaz / Lucila Aragó Carrión / José M.<sup>a</sup> Azkárraga /  
Juan Carlos Colomer Rubio / Xavier Garcia Ferrandis / Andreu Ginés i Sánchez /  
Alberto Gómez Roda / Gil-Manuel Hernández i Martí / Mélanie Ibáñez Domingo /  
Tito Llopis / Lucas Marco Sánchez / Àlvar Martínez-Vidal / Andrea Moreno Martín /  
Josep Picó López / Ramir Reig Armero / Juan Salazar Bonet / David Sánchez Muñoz /  
Josep Sorribes Monrabal

Universitat Politècnica de València  
Universitat de València

## Agradecimientos

Vicent Albiach, José V. Aleixandre, Vicky Algarra, Matías Alonso, Rafa Arnal, Julio Badenes, Carla Batalla, Helena Bonet, Alex Calpe, Vicente Cánovas, Fina Cardona, Eugenio Caro, Paco Collado, Amparo Contrí, Amparo Costa, David Coronado, Enrique Díes, Salvador Dolz, Kike Doménech, Inés Domingo, Ángeles Fayos, Salvador Fernández Cava, María José Ferrer, Miguel García, Guillermo Gil, Patricia Gómez, María Jesús González, Manuel Gozalbes, Manuel Granell, Lucía Grau, José Huguet, Gema López, Marta López, Mayte López, Celia Martín, Ángel Martínez, Lluís Moll, Miguel Molina, Amparo Momparler, Carmen Navarro, Luis Perdigón, Carmen Pérez, Daniel Pérez-Grau, Joan Francesc Pi, Amparo Pons, Joaquín Rodrigo, Maribel Rodrigo, Toni Salazar, José Manuel Sanchis, Benito Sanz, Leonor Sanz, Antonio Solaz, Rafael Solaz, Paco Teruel, Antonio Tordera, Dionisio Vacas, Salvador Zaragoza



Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo de los propietarios del copyright.

© De los textos originales, los autores y autoras, 2021

© De las fotografías: Eloy Ariza, José M.ª Azkárraga (Azk), Cabrelles Sigüenza, Calvo, José García Poveda (El Flaco), Luis Bertrán Lluch Garín (LBLG), Ángel Martínez, Julio Olmo, Juan Peiró, Joaquín Sanchis (Finezas), Carlos Sarthou, Luis Vidal Corella (LVC)

© De la coordinación de la obra: los coordinadores, 2021

© De esta edición:

Universitat Politècnica de València, 2021

Universitat de València, 2021

## Coordinación editorial

Remedios Pérez (UPV)

Maite Simón (PUV)

## Asesoramiento lingüístico (correcciones y traducciones)

Elvira Iñigo (PUV)

David Lluch (PUV)

Servei de Promoció i Normalització Lingüística (UPV)

## Realización

Diseño y maquetación: La Mina Estudio

Tratamiento cartográfico: Agustín Díez

Fotografía de cubierta: Luis Vidal Corella

Impresión:

ISBN (UPV): 978-84-9048-849-2

ISBN (UV): 978-84-9134-876-4

Depósito legal: V-2939-2021

## Archivos y colecciones

- ACC** Archivo Colegio Cervantes
- ACV** Archivo familia Carlos Viñes
- ADV** Archivo Diputación de Valencia
- AGRZ** Colección Andrés Giménez Rodríguez
- AHCV** Arxiu Històric de la Comunitat Valenciana
- AHEA** Archivo Histórico del Ejército del Aire (Madrid)
- AHMV** Archivo Histórico Municipal de Valencia
- AILV** Archivo Instituto Luis Vives
- AIMC** Archivo Intemeradio Militar Centro
- AJH** Archivo José Huguet
- AMA** Archivo Matías Alonso
- AN** Archivo de Navarra
- ARS** Archivo Rafael Solaz
- ARV** Archivo del Reino de Valencia
- ATO** Archivo Teatro Olympia
- BAP** Biblioteca Autoridad Portuaria
- BCSUV** Biblioteca de Ciències Socials (UV)
- BHMUV** Biblioteca Historicomèdica Vicent Peset Llorca (UV)
- BHUV** Biblioteca Històrica (UV)
- BJRUV** Biblioteca d'Humanitats Joan Reglà (UV)
- BMUCM** Biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid
- BMVE** Biblioteca del Museu Valencià d'Etnologia
- BN** Biblioteca Nacional
- BRAM** Biblioteca de la Real Academia de Medicina
- BV** Biblioteca Valenciana
- BVCM** Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha
- CAG** Colección Andrés Giménez
- CAS** Colección Antonio Solaz
- CDS** Colección David Sánchez
- CFS** Colección Francisco Signes
- CJS** Colección Josep Sorribes
- CM** Colección Muñiz
- CMG** Colección Manuel Granell
- CMM** Colección Miguel Molina
- CPB** Colección Pilar Bonet
- CRA** Colección Rafa Arnal
- CSM** Colección Salva Monmeneu
- CTAV** Archivo Histórico del Colegio Territorial de Arquitectos de Valencia
- CUV** Colección de la Universitat de València
- FRUPV** Fondo Joaquín Rieta Síster (UPV)
- HMV** Hemeroteca Municipal de València
- IGN** Instituto Geográfico Nacional
- IVIA** Instituto Valenciano de Investigaciones Agronómicas
- JSPS** Colección Javier Sánchez Portas
- MCV** Museo de la Ciudad (Valencia)
- MFB** Fondo fotográfico Mario Fuentes Blanco. Museo Manuel Reimóndez Portela (A Estrada, Pontevedra)
- MVQP** Museu Virtual de Quart de Poblet
- SHM** Servicio Histórico Militar
- SIP** Servicio de Investigación Prehistórica
- UPV** Universitat Politècnica de València
- UTL** University of Texas Libraries
- VTIM** Veges Tu i Mediterrània arquitectes (Valencia)



	Prólogo	8
	Dolores Sánchez Durá	
	Presentación	20
	Lucila Aragó Carrión / José M.ª Azkárraga Testor / Juan Salazar Bonet	
	1. El Año de la Victoria	27
	LA VALENCIA DEL CID	
	Lucila Aragó Carrión / José M.ª Azkárraga Testor / Juan Salazar Bonet	
	2. El poder	57
	JERARQUÍAS	
	Andreu Ginés i Sánchez / Josep Sorribes Monrabal	
	3. La Falange	87
	FET Y DE LAS JONS: DE LA VICTORIA A LA IRRELEVANCIA	
	Juan Carlos Colomer Rubio	
	4. La Iglesia	111
	EN EL NOMBRE DE DIOS	
	Josep Picó López / Ramir Reig Armero	
	5. Urbanismo	135
	EL PLANEAMIENTO DE LA VALENCIA DEL CID	
	Tito Llopis	
	6. Arquitectura	157
	LAS NUEVAS EDIFICACIONES	
	David Sánchez Muñoz	
	7. El mundo laboral	183
	BAJO EL SIGNO DEL NACIONALINDICALISMO	
	Alberto Gómez Roda	
	8. Educación	205
	HACIA DIOS Y EL IMPERIO POR LA ESCUELA	
	M.ª del Carmen Agulló Díaz	
	9. La sanidad	235
	LOS RECURSOS CONTRA LAS ENFERMEDADES	
	Xavier García Ferrandis / Àlvar Martínez-Vidal	
	10. Vida cotidiana	257
	CONTROL Y CARESTÍA	
	Andrea Moreno Martín	
	11. La cultura	295
	LA INSTRUMENTALIZACIÓN FRANQUISTA DE LA FIESTA	
	Gil-Manuel Hernández i Martí	
	12. Represión y resistencia	325
	EN ESTADO DE GUERRA	
	Lucas Marco Sánchez / Mélanie Ibáñez Domingo	
	Bibliografía	355



# Prólogo

Dolores Sánchez Durá

**Uno de los objetivos de la comprensión histórica, como ya he dicho, consiste no solo en armar un registro de hechos pasados ratificado públicamente, sino también en construir una memoria accesible y empíricamente fiel de acontecimientos significativos que se transforme en parte de la esfera pública y que haya sido verificada con espíritu crítico. Otro objetivo vinculado con el anterior, problemático e inalcanzable incluso, es hacer una aportación para devolver a las víctimas (póstuma o simbólicamente) al menos la dignidad que les fue arrebatada, empresa en la que el discurso histórico mismo se halla empeñado en cierta medida a través del duelo y el intento de dar digna sepultura a los muertos (que son formas importantes de elaboración del pasado).**

Dominick LaCapra,  
*Escribir la historia, escribir el trauma*

**Lo que realmente ocurre, lo que vivimos, lo demás, todo lo demás, ¿dónde está? Lo que ocurre cada día y vuelve cada día, lo trivial, lo cotidiano, lo evidente, lo común, lo ordinario, lo infraordinario, el ruido de fondo, lo habitual, ¿cómo dar cuenta de ello, cómo interrogarlo, cómo describirlo?**

Georges Perec,  
*Lo infraordinario*

A menudo me he preguntado cómo se vive el final de una guerra. Un día entran los vencedores y toman posesión de un territorio conquistado, dañado, destruido en parte en las estructuras materiales que configuran su paisaje, pero también se apoderan –o lo intentan– de las almas de una población desorientada, asustada, dolorida y extenuada. Aunque no todos los finales son iguales. Las imágenes de los parisinos, en agosto de 1944, celebrando la entrada de los primeros tanques que los liberaban de una dominación odiosa son las que corresponden a un final feliz. Sin embargo, el avance de las tropas rusas sobre Berlín en mayo de 1945 no es recibido con los mismos gestos, sino con el terror y la anticipación del castigo que saben que van a recibir; especialmente, las mujeres violadas brutal y masivamente como un territorio real y simbólico que podía ser forzado.

En Valencia, hubo desfile de la Victoria y valencianos que la celebraron. Pero hubo muchos de ellos que se metieron en sus casas literal y metafóricamente para no salir en décadas. En los días, horas, anteriores al final, mientras los frentes se derrumbaban, muchos abandonaron la ciudad para irse al puerto de Alicante, conscientes de que no habría perdón ni piedad para ellos.

Cuando acabó la guerra, Valencia era una ciudad herida por muchos cientos, miles, de bombas, habitada por una miríada de refugiados y consciente de que su caída en manos del enemigo suponía el final de una época, de un régimen que se había distinguido por todo lo que odiaban y repudiaban los vencedores.

Marianne Hirsch destaca el papel de la memoria *afiliativa*, la de los hijos que, perteneciendo a una segunda generación, se vieron directamente afectados por un trauma colectivo. La imaginación y la

iconografía representacional de esta generación están muy vinculadas a las experiencias comunicadas por los padres, en el seno de la estructura familiar, y a una transmisión en forma de «emanaciones» en medio de un «caos de emociones». Aunque es muy difícil discernir los registros públicos de los privados, este aspecto no borra la particularización de las historias familiares individuales y diferenciadas ni la experiencia de la memoria como tal y el deseo de narrarla. La lectura de esta autora me lleva a escribir este prólogo recurriendo como fuente a mi propia experiencia familiar como *hija de segunda generación*, nacida de un matrimonio de vencidos que inicia su trayectoria como familia en 1946. Una pareja que debía haber vivido en una ciudad, en una Valencia, bien distinta de aquella en la que vivieron.

En nuestra casa, en la calle Doctor Gil y Morte, donde mis padres al casarse habían alquilado un tercer piso de una finca de correcta arquitectura moderna, se solía hablar de ese final traumático y, además, con mucha frecuencia. De hecho, la familia quedó separada para siempre y su vida se alteró de forma radical. Recuerdo que mi padre contaba cómo se había reunido una multitud de defensores de la Valencia republicana en la Alameda para coger camiones que los llevaran a Alicante. Se había despedido de mi madre con el ánimo de que quizá no volverían a verse en un tiempo largo o, tal vez, nunca. Luego, como es sabido, los barcos que los tenían que transportar al exilio no llegaron, y muchos de los que no pudieron escapar volvieron haciendo un largo periplo por campos de concentración y cárceles; otros muchos dejaron la vida frente a pelotones de fusilamiento.

Pero la inmensa mayoría de los valencianos no se fueron a Alicante. Permanecieron en la ciudad intentando rehacer sus hogares, recibiendo a los que volvían del frente, recogiendo escombros, procurando escapar de la desesperación de la escasez de alimentos que duró más de una década a consecuencia de la cerrazón de la política autárquica y tratando de recuperar oficios y trabajos que la guerra les había arrebatado por múltiples causas. Hubo otros, más de los que podía esperarse según las adhesiones pretéritas, que recibieron brazo en alto a los ejércitos vencedores, muchos, tal vez, por alimentar la esperanza de que las promesas de reconciliación, si acataban las consignas del mando y disimulaban o callaban, se harían realidad. Todos deseando, en marzo de 1939, que se acabaran el drama, las muertes, la excepcionalidad terrible de la guerra, y que se recuperara una paz que pusiera fin al sobresalto. No hay que olvidar que Valencia fue, con Madrid, que cayó un poco antes, el último bastión.

Un trauma enorme que, además, se vio acrecentado por lo que vino después: años de políticas franquistas de venganza y erradicación, por el miedo y la coerción, de las lealtades al régimen republicano.

Valencia fue una ciudad muy afectada por la guerra que acogía a una población traumatizada y alterada en su composición demográfica y su estructura económica: mortalidad por múltiples causas, emigración por movimientos de población interiores y el exilio forzado o no, inmigración por acogimiento de refugiados, despidos y paro, desequilibrio entre sectores productivos, malas condiciones de habitabilidad, depuraciones, etc. Entre 1940 y 1960, Valencia apenas experimentó un crecimiento demográfico significativo: unos 50.000 habitantes señalan los censos del Instituto Nacional de Estadística. Las cifras se mantienen entre los 450.000 y los 500.000 censados. Bien es cierto, como señala Josep Sorribes, que el censo de 1940 estaba inflado por la cantidad de refugiados y que muchos de ellos retornaron a sus lugares de origen al acabar la contienda. Dos décadas de contracción y estancamiento a todos los niveles: poblacional, urbanístico, económico, cultural y de psicología colectiva.

La anterior guía, *Valencia, 1931-1939: Guía urbana. La ciudad en la II República* (2007) –coordinada con mucho rigor por los mismos autores que la actual– respondía a una perspectiva bien diferente. Se trataba de hacer un balance urbano de una etapa de crecimiento en todos los sentidos: el cultural, el social, el político, el urbanístico, el educativo. Una época en la que el republicanismo de esta ciudad, que tanto le debía a Blasco Ibáñez como muy bien nos explicó Ramir Reig, se hizo hegemónico y creó una clase dirigente que estuvo al frente de muchos proyectos de modernización. Pero de aquel espíritu innovador, impregnado de impulsos de progreso y cambio social y político, no quedará casi nada en la etapa que nos corresponde historiar en esta nueva *Guía*. Y lo que sigue en pie, como algunos rasgos de la arquitectura de esta década, tiene el carácter de final de una etapa. Javier Goerlich, arquitecto estrella de la ciudad de Valencia entre los años veinte y cincuenta, continuó trabajando con las nuevas autoridades municipales en proyectos como la avenida del Oeste, que reactivó el barón de Cárcer, pero sometido a los nuevos intereses especulativos y a una ausencia notable de proyecto urbano moderno, aunque construyó edificios racionalistas de excelente factura.

El nuevo Estado tenía un horizonte que, a pesar de predicarse como nuevo, en realidad era muy viejo y no tardó en hacerse presente como tal. Las élites se recompusieron y los hábitos culturales nacionalcatólicos se impusieron con rapidez y eficacia. Al fin y al cabo, las depuraciones habían puesto en su sitio a los maestros, profesores, abogados, médicos, y a todas aquellas personas que se habían salido de las coordenadas estrechas que el Ejército, el Movimiento y la Iglesia estimaban como aceptables. Un asfixiante e intolerante ambiente provinciano se adueñó de la ciudad.

El Ateneo Mercantil estaba cerrado; la Universidad, exangüe; incautadas la editorial Prometeo y la Nueva Democracia, insignias del blasquismo; nacionalizadas y entregadas en gran parte a la Falange casi toda la prensa y la radio; las bibliotecas de los sindicatos como la CNT, quemadas o incautadas y enterradas para décadas. El rector Peset, como exponente del espíritu científico de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), encarcelado y, luego, fusilado. Pascual Carrión, gran artífice de la reforma agraria, depurado, inhabilitado y silenciado en Requena desde 1941 hasta que se jubiló, después de haber sido una de las cabezas más brillantes de la ingeniería en España. Los miembros de la Federación Universitaria Escolar (FUE), que eran la sal de la tierra, es decir, la «crema» de lo que habría tenido que ser la nueva clase dirigente, fueron más que apartados, pulverizados. Y ¿qué decir de las élites de mujeres, que vamos conociendo gracias a la obra de estudiosos como Carmen Agulló o Alfred Ramos, formadas por primera vez en la Universidad de Valencia, en la Escuela Normal y en la primera línea de la política! Las Alejandra Soler, Guillermina Medrano, Pilar Soler, Olimpia Arocena, Carmen Valero, las hermanas Mestre y un largo etcétera de mujeres valientes y fuertes. Un etcétera difícil de valorar porque a estos nombres conocidos se deberían unir otros más populares: sindicalistas, heroínas del pueblo, jóvenes que apenas tuvieron uno o dos años, algunas tan solo meses, para desarrollar sus proyectos de vida.

De los seis periódicos que se publicaban en la Valencia republicana solo quedaron tres: *Las Provincias*, *Levante* y la hoja vespertina *Jornada*, que ejercieron un férreo control sobre la información y que tuvieron una gran influencia en la construcción de un clima ciudadano entre la exaltación del régimen, la difusión de nuevas pautas de conducta y la disciplina de los cuerpos y de las conciencias. La radio se puso al servicio de las nuevas órdenes de la dictadura con dos nuevas emisoras: Radio Nacional, que basaba su línea informativa en las consignas de sus noticieros, y Radio Alerta, que era pura propaganda de los nuevos tiempos, tal y como apunta Brines en su libro *La Valencia de los años cuarenta*.

El cambio político, la ocupación y la posterior gestión de los poderes del nuevo régimen fueron devolviendo a Valencia paso a paso al mundo de la oligarquía aristocrática, de la vieja oligarquía, la que recibía su savia exclusiva y excluyente de instituciones tan caducas como las enseñas y los hábitos de la nobleza más rancia, y de las nuevas/viejas élites vinculadas al agio del Movimiento y a los rituales del tradicionalismo y la Falange. Una amalgama difícil de calificar, pero que, apoyada por el Arzobispado y la represión multiforme, resultó de una gran eficacia. Como J. C. Colomer y A. Ginés señalan, los

gobernadores civiles y los alcaldes, junto con los jefes del Movimiento a todos los niveles, formaron un sólido entramado de favores y clientes. Los dos alcaldes que gobernaron la ciudad en este periodo, Joaquín Manglano y Cucaló de Montull, barón de Cárcer (1939-1943), y Juan Antonio Gómez Trénor, conde de Trénor (1943-1947), respondían a este perfil mezcla de tradicionalismo carlista, aristocratismo y pertenencia a la oligarquía económica. En los planes de reconstrucción urbana del primero están bien presentes los movimientos de especulación y muy alejadas las preocupaciones sociales. Estos alcaldes no eran otra cosa que delegados del Gobierno, nombrados desde Madrid y controlados por la jefatura política falangista de los gobiernos civiles. Pedir favores, conseguir logros, especular, intercambiar tratos, tal era el método que sumergió la ciudad en una gestión burocrática, particularista y estrecha. Adolfo Rincón de Arellano los acompañó en lo fundamental desde la Diputación, a pesar de los numerosos enfrentamientos y rivalidades, y junto con Planas de Tovar como gobernador civil hasta 1943, militar africanista que destacó por su eficacia y sus políticas represivas y ausentes de cualquier piedad para los vencidos, y su sucesor, Ramón Laporta (1943-1950), «camisa vieja» y miembro de la élite falangista, constituyeron la cúpula de los poderes locales y provinciales civiles.

La Valencia municipalista de la época del blasquismo, republicana, abierta a la participación y la cooperación entre diferentes sectores sociales, fue siendo encerrada entre la espesura de los intereses corporativos y los de unas pocas familias todopoderosas. Verticalidad en los nombramientos, políticas extremadamente centralistas y jerarquizadas, dependencia de Madrid... En definitiva, se impuso un modelo de gestión autárquica y oligárquica que fue empequeñeciendo la vida de una Valencia que cada vez más se fue minorizando y sometiendo a los poderes establecidos.

Las nuevas autoridades, si bien no demostraron gran preocupación por las necesidades primarias de las gentes, a pesar de que eran años de miseria, hambre, hacinamiento en insalubres chabolas en las orillas del río, en Nazaret, en el Grao o en los Poblados Marítimos, se pusieron inmediatamente a la tarea de borrar los vestigios del anterior periodo y el callejero se pobló de nombres del martirologio falangista o carlista, de militares gloriosos o de continuas citas a los caídos por Dios y por España. Las hermanas Chabás, José Antonio, el falangista Esteve, el Caudillo, el conde de Salvatierra de Álava, Ramiro Ledesma, Calvo Sotelo no son más que unos pocos ejemplos de una larguísima lista que enmarcó la vivencia urbana de las nuevas generaciones durante muchas décadas, estigmatizó al vencido y tejió la vida cotidiana con referencias extremadamente conservadoras.

Paralelamente, se produjo la reactivación y la politización de la Junta Central Fallera como eje vertebrador de una configuración cultural muy determinada: sexismo, misoginia, caricatura de todo lo anómico, humor de trazo supuestamente «popular», rechazo y exclusión de lo foráneo y defensa a ultranza de «lo nuestro». Se normalizaron una iconografía, un lenguaje y una cultura visual que resignificaron el humor de resistencia, anticlerical, popular y progresista de dibujantes como Bluff, que pagó con su vida la excelencia de sus ilustraciones en publicaciones como *La Traca*.

Resucitaron algunas citas culturales y religiosas que resultaron fundamentales en el plano de lo simbólico: la Semana Santa marinera; la acción social del Arzobispado, que, primero con el arzobispo Melo y, después, con Marcelino Olaechea a finales de la década, mantendrá en la tómbola de la plaza de la Virgen de los domingos una cita con gran éxito social; también los Jocs Florals promovidos por entidades regionalistas/valencianistas leales al nuevo régimen y que tuvieron muy poco de progresistas, como por ejemplo Lo Rat Penat.

Santi Cortés explica cómo distintas entidades, desde el Ayuntamiento y la Diputación, hasta la Universidad, instancias eclesiásticas y jerarquías de Falange, pasando por Lo Rat Penat y el Centre de Cultura Valenciana, participaron en la construcción de unos hitos cívico/históricos que crearon un ámbito de referencias culturales patrióticas y religiosas que sirvieron de base para establecer rituales y liturgias en la Valencia de los años cuarenta. Estamos refiriéndonos a los homenajes a san Vicente Ferrer con sus milagros y los altares del Tossal y del Mercat; a la conmemoración del VII Centenario de la Conquista, que equiparaba a Jaume I con El Cid y con Franco como fundador de las bases del Imperio; a la imagen de un Juan Luis Vives muy poco fiel al significado humanista y tolerante del personaje, o a la de Alejandro VI como «forjador de la España imperial».

Otras distracciones muy populares también encontraron su momento de esplendor en esta situación tan especial: toros, cabarets –que ya habían tenido una popularidad importante antes de la guerra–, espectáculos de variedades, cupletistas. Desde un ángulo distinto, tuvieron mucho éxito los cines, que se convirtieron en los locales más frecuentados de la Valencia de posguerra, a la par que en el cemento cultural e instrumento de subjetivación más potente, como el Cine Gran Vía, en el que la familia Casanova, dueña de la productora CIFESA, encontró desde finales de 1939 un excelente escaparate, en pleno ensanche urbano, para sus films, tal y como apunta M. Tejedor. La prostitución, con un crecimiento exponencial en el llamado «barrio Chino» de Velluters, donde se daban la mano los intereses de los proxenetes con la protección de altas jerarquías

policiales, fue una buena muestra de la hipocresía de aquella sociedad clerical y machista.

Rafael Brines, en *La Valencia de los cuarenta*, describe muy bien los perfiles de esta miseria cultural que no era ausencia o vacío de cultura, sino una política muy activa en la configuración de las nuevas subjetividades y en hacer presentes nuevas y viejas referencias identitarias, nuevos/viejos sentimientos de pertenencia:

Fue una década repleta de vida para Radio Valencia, prácticamente la única emisora que existía en la ciudad. Auxilio Social tenía su emisión particular, para la gente de los frentes y de los hospitales; «Escuadras Azules», que dirigía Dimas Bonmatí, era el programa del Frente de Juventudes; el doctor Comín dictó por el micrófono un curso de puericultura; se transmitía el Vía Crucis desde la Catedral; la célebre concentración falangista de la Alameda, el 21 de abril de 1940, con intervención del Jefe Provincial, Rincón de Arellano [...]; en marzo del 40 ya se ofreció la retransmisión de la «cremà» de la falla de la plaza del Mercado con intervención directa de [...] la Fallera Mayor en funciones, María Luisa Aranda, hija del Capitán General, y el Alcalde, Barón de Cárcer; ese mismo año se retransmitió también en directo desde el Teatro Principal los Juegos Florales de Lo Rat Penat, con Carmen Franco Polo y Martín Domínguez de mantenedor.

Mi familia me vuelve a proporcionar elementos de reflexión para hilar esta historia. Mi familia en sentido extenso, porque mi madre, hija póstuma que había perdido a su madre en 1931, fue acogida por mis tías Marianne y Marina. Las dos habían sido maestras nacionales muy vinculadas a la reforma educativa de la Segunda República. Mi tía Marianne era de Izquierda Republicana y azañista confesa y mi tía Marina, de ideas y sentimientos un tanto libertarios. Las dos confeccionaban excelentes periódicos freinetistas junto con sus alumnas de las escuelas de Sueca y de Barxeta. Eran mujeres avanzadas, decididas partidarias de Clara Campoamor y admiradoras de los logros de la República en la emancipación de las mujeres. Mi padre era afiliado de Izquierda Republicana con ciertas simpatías comunistas. Estudió Derecho en la Universidad de Valencia y, después de trabajar como pasante en el despacho de Jiménez Asúa, fue nombrado juez al servicio de la República en Onteniente durante la guerra. Sus hermanos, Agustina y Vicente Sánchez, fueron miembros muy destacados del PCE valenciano.

¿Cómo les traumatizó el final de la guerra y cómo pudieron sobrevivir y resistir a ese impacto? Esta es una de las cuestiones a la que han de responder los historiadores para entender la década de los cuarenta. Porque mis tías, a pesar de haber sido depuradas y muy pronto haber dejado de percibir sus haberes, no cesaron en su empeño



moral de enviar a mi madre a estudiar a la Universidad de Valencia. Había serios impedimentos para ello: el primero, que tuvieron que abandonar su domicilio de la calle Císcar e ir a vivir a una planta baja de la calle Murillo –por donde pasaba el tranvía, el «siete», anunciándose con un tintineo característico–, desde la que intentaron sobrevivir cambiando periódicos, loza y otros enseres: un cambio radical en sus formas de vida. Todo su entorno, amigas, compañeros que habían pertenecido activamente a la Federación de Trabajadores de la Enseñanza (FETE-UGT) estaban en sus mismas condiciones. Sin embargo, y a pesar de un ambiente tan hostil, mi madre, cuando en el año 40 consiguió, en el instituto de Requena, revalidar su bachillerato, que había cursado en el Luis Vives en época de guerra, tras conseguir los avales pertinentes, ingresó en la Universidad.

Siempre me he preguntado cómo en ese contexto Marianne y Marina pudieron mantener ese propósito cuando les habían fallado todos los equilibrios del entorno. Detenerse en la naturaleza de este tipo de decisiones puede ayudar a deshacer una supuesta homogeneidad que compacta a las sociedades y no deja ver los matices. En definitiva, se trata de entender los procesos de intenciones de los individuos y las tomas de decisiones en su relación dialógica con los contextos de subjetivación. Por un lado, estaban las nuevas formas de normativizar las vidas en lo privado y en lo público de arriba abajo, mediante la coerción brutal de los primeros tiempos: el miedo y la brutalización de la vida cotidiana, tal como Carmen Laforet lo cuenta en *Nada*, esa novela rara y extraordinaria escrita en 1945. Por otro, se creaban unos nuevos contextos emocionales, mixtura de aceptación y resistencia, norma y agencia, construcción de una nueva forma de sentirse y pertenecer a esa ciudad. Así fue como de abajo arriba se fue cambiando la Valencia republicana, moderna, laica y abierta por otra católica, provinciana, recatada y encogida. La ciudad parece ir adquiriendo ese tinte emotivo, aunque no de golpe, porque la historia no es un proceso lineal y, como dice María Rosón, se puede comprobar que, a pesar del aparato represivo, la propaganda y los discursos del «nuevo Estado» franquista, también hubo continuidades con el periodo republicano: formas, modos y experiencias culturales que se habían desarrollado en los años treinta del siglo xx y que pervivieron, mezclándose o adaptándose.

Entre 1939 y 1948, Valencia vivió una década de duelo, en su acepción psicoanalítica, y de reparación para poder seguir viviendo, una década larga curándose de un trauma. Y la cura de las experiencias traumáticas incita a las personas a no mirar al pasado inmediato, a intentar olvidar las heridas, a sobrevivir resistiendo. ¿Cómo vivir sin saber qué ha sido de seres queridos, o que se sabe que están encarcelados en las Torres de Quart, en la cárcel Modelo, en San Miguel de los Reyes,

**Para seguir leyendo, inicie el  
proceso de compra, click aquí**